

# **La revolución islámica del siglo VIII y el País Vasco**

*Por IGNACIO OLAGÜE*

Antes de entrar en el tema de esta conferencia conviene aclarar algunos conceptos. Damos a la palabra «árabe» su valor científico en geografía humana. Por consiguiente, los árabes no son sarracenos, moros, sirios, bizantinos o demás gentes extravagantes. Son los árabes los habitantes de la península arábiga. Del mismo modo mahometano no es sinónimo de árabe. Se puede ser mahometano sin tan siquiera ser semita, como lo son hoy día los persas, los indios y los malayos convertidos al Islam en el siglo XVI, y como lo eran los españoles de la Edad Media. A la inversa se puede ser árabe y pertenecer a la religión cristiana.

Son los moros los habitantes de Mauritania, región africana situada al norte del Senegal y al sur del Río de Oro. Por obra de una reforma religiosa ocurrida en estas tribus más bien paganas, tomaron los recién convertidos el nombre de almoravides e invadieron Marruecos y luego España, al final del siglo undécimo. Transformado más tarde por los almohades se derrumbó este imperio cien años más tarde. Es pues un contrasentido histórico hablar de moros en España antes de estas fechas, como en ello incurren tantas veces nuestros compatriotas... que han oído campanas.

Con acepción propia entendemos por Revolución islámica el período de luchas fratricidas ocurridas en el siglo octavo. Revueltas y desórdenes de toda clase se suceden en poco más o menos setenta años con tal confusión, que no puede el historiador seguir de los mismos la ilación.

Empieza este tiempo revolucionario con la muerte de Witiza, ocurrida alrededor del año 710, y acaba con el afianzamiento en el poder de Abd-er-Rahman I, el cual después de luchar toda su vida contra sus enemigos logra por fin dominar la casi totalidad de la península unos años antes de su muerte ocurrida hacia 780.

Se trata del período más oscuro no sólo de la Historia de España, sino de las de las demás naciones mediterráneas, incluida la de Bizancio,



que goza en comparación de la mayor riqueza documental. Esto se explica por el carácter religioso de estas luchas, pues el siglo octavo fue testigo de una gran conflagración teológica que dividió a los monoteístas en dos bandos irreductibles: los cristianos que rezan el Credo y los unitarios que rechazan una concepción trinitaria de la divinidad.

Clave de este proceso evolutivo y revolucionario lo es en gran parte el arianismo, sobre todo en las regiones en las que como en España se había mantenido en larga tradición por obra del poder político de los visigodos heréticos. Son unánimes hoy día los historiadores de las religiones en considerar a los arianos de la Alta Edad Media como pre-musulmanes; lo que les distingue de los islamitas es sólo el reconocimiento de la obra del último y más grande de los profetas: Mahoma.

Es sabido que las guerras religiosas son las más apasionadas de todas las conflagraciones sociales; de tal manera que en el pasado la rabia teológica ha destruido en todas partes los documentos que fueran contrarios a la fe de los vencedores. Como ocurrió que en la Edad Media el Dios de los ejércitos dio alternativamente la victoria a cada uno de los bandos opuestos, así se explica la desaparición de los testimonios que nos hubieran podido enseñar la relación de los acontecimientos. En España, el silencio de los papeles públicos dura aproximadamente cerca de dos siglos... y esto si se admiten como documentos las crónicas de Albelda y de Alfonso III, escritas en 880, cuyo valor histórico es escaso, por no decir nulo.

En estas condiciones, un mismo problema se presenta similar a los intelectuales de los dos partidos que vivieron en los tiempos posteriores y que ignoraban la realidad histórica. Había que explicar a las masas lo que había ocurrido en el siglo VIII. Simplificando, pues esta realidad es mucho más compleja, los historiadores mahometanos no podían aceptar el hecho que el islam se había esparcido por el mundo por obra y gracia de un proceso revolucionario cuyas raíces eran muy anteriores a la predicación de Mahoma, porque esta concepción —incomprensible en aquellos tiempos—, de serlo, hubiera además restado prestigio a su Profeta; y los cristianos, los hispanos por ejemplo, tampoco podían admitir que sus antepasados se habían convertido al islam por obra y milagro de sus reales ganas. Como no existía en aquel entonces un método histórico adecuado que permitiera desentrañar la intimidad de este complejo revolucionario, de un modo objetivo, se resolvió la papeleta de acuerdo con el estilo dominante de estos años ingenuos. Se inventaron varias familias de leyendas que se difundieron según el gusto del consumidor en los dos campos en competición, en el de los mahometanos y en el de los cristianos.



Hemos tenido la suerte de encontrar los documentos requeridos para poder reconstruir la formación de estas leyendas, que irán evolucionando con los tiempos y con las nuevas necesidades impuestas por otras circunstancias. Hasta que en el siglo XIII, es decir cinco siglos después de haber ocurrido los acontecimientos, el historiador navarro Jiménez de Rada fundió en un solo texto las leyendas principales, texto que desde entonces se enseña a todos los niños en las escuelas.

Se puede reducir éste en palabras escuetas. A la muerte del rey visigodo Witiza habían invadido España los árabes, venciendo a los cristianos en 711 en la batalla de Guadalete. En tres años eran los dueños absolutos de la península y la dominaron hasta el siglo XV.

Ocurrió que hacia fines del siglo pasado tradujeron los eruditos españoles varias crónicas bereberes del siglo undécimo. Y con asombro aprendieron los historiadores que según estos textos los invasores eran un puñado de gentes mal avenidas: 7.000 los que desembarcaron con Tarik en Algeciras, 18.000 los que más tarde llegaron con Muza...

Surgía entonces la pregunta terrible y enigmática. Tan pocos invasores no habían podido degollar a la gran mayoría de los españoles, como lo habían asegurado las leyendas cristianas anteriores. Mas, si no era así, ¿cómo era posible que en tres años se hubieran transformado los hispanos de cristianos en musulmanes, hubieran olvidado el latín para aprender el árabe y de monógamos se hubieran convertido en polígamos...? Pueden Vds. realizar esta experiencia por sí mismos. Así, apreciarán el tiempo que se requiere para dominar el árabe con soltura, y sobre todo, si resulta cosa tan fácil convencer a la esposa que por imposición de un decreto gubernamental tendrá de aquí en adelante que convivir en el hogar con otras esposas.

Sin embargo el hecho es incontrovertible. En varias centurias fueron los españoles mahometanos y polígamos. Han hablado árabe y han escrito en este idioma obras maestras que alcanzan las altas cumbres de la literatura universal.

Planteados en estos términos se convierten estos hechos en un dilema insoluble. Pero, como no existen dilemas en la vida social, o los hechos descritos por los historiadores son falsos o han sido mal interpretados.

Hemos dedicado largos años de nuestra vida a desentrañar este misterio; y, naturalmente, si tuviéramos que exponer a ustedes nuestros trabajos y los resultados adquiridos, necesitaríamos el curso de un año escolar. Por consiguiente para la inteligencia del tema que vamos a tratar es menester resumirlos en las palabras siguientes:

Los españoles que eran cristianos monógamos y que hablaban latín



se han convertido en mahometanos polígamos que hablaban árabe. Pero esta transformación no se ha realizado en tres años, sino que ha sido el fruto de una larguísima evolución de ideas, las cuales arrancando en los siglos IV y V, han sufrido un proceso de aceleración en la revolución del siglo VIII, para desembocar en la floración de la civilización árabe que alcanza en nuestro solar su mayor esplendor del siglo décimo al XIII.

Esbozado este esbozo, aceptada por ahora gracias a vuestra benevolencia esta nuestra interpretación de la Historia de España, surge inmediatamente la pregunta en los labios de todo amante de nuestro terruño. En esta larguísima evolución de ideas, en esta terrible conflagración del siglo VIII, ¿qué ha sido de los vascos? ¿Qué ha ocurrido en nuestro solar?

Como en el resto de la península, nada sabemos de los hechos políticos, documentalmente hablando, sucedidos en el País Vasco. Ocurre lo mismo en el orden de las ideas. Así, no consta que ninguno de nuestros antepasados haya intervenido en las discusiones acerca del adopcionismo que envenenaron las relaciones entre los cristianos españoles a fines del siglo VIII. Ni tan siquiera podemos distinguir cuáles eran los territorios del País Vasco que en aquellas fechas remotas estaban cristianizados de aquellos que seguían siendo paganos.

Podrán consolarse algunos pensando que estos silencios son frecuentes en el discurrir de la Historia. Pero nos permitiremos apuntar que si bien las zonas de silencio que han envuelto durante milenios la mayor parte de las tierras emergidas son más frecuentes que los hechos de agitación fructífera y creadora, ocurre que esta opacidad hoy día existente en cuanto al País Vasco en el siglo VIII disimula una acción decisiva en uno de los acontecimientos más importantes que relata la Historia Universal. En tal manera que la fecha de 732 y el hecho a ella adscrito aparecen impresos en todos los manuales y diccionarios que se editan por el globo para uso de escolares y disfrute de los mayores.

Nos referimos a la Batalla de Poitiers, de la cual se pueden dar dos interpretaciones: la nuestra y la de la Historia clásica.

Según ésta, como es sabido, Carlos Martel venció en este lugar a los Arabes y salvó a Occidente y a Europa entera de la invasión y del dominio árabe y mahometano. Este descalabro ponía fin a una ofensiva militar imponente que se había mantenido a lo largo de un siglo y en una distancia de unos ocho mil kilómetros sin contratiempo alguno; lo que de por sí es inverosímil. Mas aceptemos por unos instantes el relato tradicional. En este caso se aprecia inmediatamente el papel que debía haber desempeñado el País Vasco en estos acontecimientos. Esto por dos



razones: una geográfica, otra militar y política. La primera es obvia. Para ir desde el centro de la península a Poitiers, hay que cruzar el Pirineo y en aquel entonces no existía otro camino que la calzada romana que cruza la cordillera por el paso de Ibañeta, en Roncesvalles.

La segunda pertenece al mundo de la lógica. Para invadir Francia y la planicie continental europea, se requería una condición imprescindible de orden estratégico y logístico. Los jefes árabes que debían haber planeado y ejecutado las operaciones guerreras tenían que haber emprendido su ofensiva desde bases firmísimas. En una palabra, necesitaban gozar del dominio político de Navarra y del alto valle del Ebro, para que la insurrección de los vascos no diera al traste con el avance de las tropas, al quedar amenazadas las bases de su retaguardia.

Según el relato de los cronicones más antiguos, escritos un siglo después de los acontecimientos, el ejército invasor era considerable. Hecho comprensible, pues a nadie se le ocurre sojuzgar a una nación importante con un puñado de hombres. Mas siendo así, el poder de los Arabes en el País Vasco debía de haber sido importantísimo, no sólo por el número de los guerreros en guarnición, sino también por el caudal cultural aportado, como parecería indicarlo la evolución posterior de la civilización arábiga en España. Planteada en estos términos la interpretación de la Historia clásica, nos encontramos con que no existe documento alguno que permita afianzarla de modo positivo. No conocemos ninguna prueba, ni tan siquiera arqueológica, que nos pudiera inducir a creer en la existencia de un poder exótico arábigo y mahometano, en aquellos años del siglo octavo y en esta región norteña de la península.

En este caso como en todos los relatos que nos describe la Historia clásica, sea la invasión de Egipto por los árabes, sea la del norte de Africa o la de España, las leyendas que se enseñan en los textos quedan pulverizadas no sólo por el determinismo geográfico —en nuestro caso no puede el historiador enfocar la cuestión desconociendo la existencia de los Pirineos—, sino por el análisis y crítica de los poquísimos textos que nos han quedado de estos acontecimientos.

Ahora bien, según nuestra concepción, ¿cómo se sitúa el contexto histórico de la Batalla de Poitiers?

Partimos de una base firmísima e inapelable. El siglo VIII ha sido el escenario en todas las provincias romanas y bizantinas del sur de Europa y del norte de Africa de una crisis revolucionaria sustentada por la competición de dos concepciones religiosas opuestas: un concepto trinitario de la divinidad conducente al actual cristianismo, un concepto unitario de la divinidad que evolucionará hacia el islam. Por consiguien-



te, para compenetrarnos mejor con lo ocurrido en estos tiempos remotos, es conveniente observar nuestro mundo actual en el que se produce un similar fenómeno ideológico. Como en el siglo octavo también está dividida nuestra sociedad en dos ideologías contrarias: una interpretación comunista opuesta a una interpretación liberal y capitalista de la vida.

Siendo así, ¿qué sucede ante nuestros ojos? Al alcance de todos está que la idea comunista se ha expansionado y sigue dilatándose en lugares muy importantes, pero muy alejados del foco de irradiación, es decir de Rusia, sin la ayuda de ninguna invasión demográfica y sin la intervención del ejército soviético.

El caso de China, pongamos por ejemplo, es característico de una situación similar, *mutatis mutandis*, a la que ha existido en la Península Ibérica en el siglo octavo. A lo largo de un intenso proceso revolucionario se hacen con el poder los comunistas chinos. En marxista convierten al Celeste Imperio. El ruso aprenden sus minorías. Pero, fíjense bien. Esta transformación se realiza por obra de la idea-fuerza. Por lo menos hasta ahora, jamás ha sido invadida China por los eslavos.

Lo mismo ocurre en España. Es en este contexto histórico y no en las leyendas posteriores que hay que situar la Batalla de Poitiers. Como lo hemos expuesto hace dos años a nuestros colegas de la Academia de Ciencias y Bellas Artes de Toulouse, esta operación militar pertenece a un proceso revolucionario que padece el sur de Francia. Así, los Francos norteños y pobres, convertidos al cristianismo en el siglo sexto, se oponen a los meridionales, ricos y heréticos, pero que están divididos por rivalidades locales.

Esta competición militar, cuyo desenlace determinará una acción decisiva para el futuro del País Vasco y para todo el norte de la península, empieza en el siglo VI con la Batalla de Vouillé, lugar situado en la misma región que Poitiers, y termina con la Batalla de Muret en 1213 en que se acaba el proceso con la desaparición de la independencia meridional francesa. Por consiguiente, en la Batalla de Poitiers salvaron los Francos a la cristiandad, pero no del imperio arábigo y mahometano, sino del dominio herético.

De tal manera que surge en ambas vertientes del Pirineo un contraste por demás violento. Cuando la mayor parte de la población española se deslizaba hacia concepciones unitarias que desembocarían en el islám, los trinitarios dominaban el sur de Francia. Así se explica cómo desde el comienzo del siglo IX empezaron los franceses, enardecidos por los hijos de San Benito, a filtrarse por los pasos pirenaicos, a fundar monasterios en los valles cercanos a la frontera, en una palabra, a iniciar una cruzada en nuestro solar, que transformará el naciona-



lismo hispano en el siglo XV en política propia, con el apodo equivocado de Reconquista, pues, como lo dijo acertadamente Ortega y Gasset, una reconquista que dura ocho siglos no es una reconquista.

Planteada así la cuestión, ¿cuál de ambas concepciones es la más real y objetiva? ¿La de la Historia clásica que requiere una hegemonía arábiga y musulmana dominando el País Vasco a lo largo de la Alta Edad Media; o la nuestra que reduce la Batalla de Poitiers a un hecho de envergadura importante, pero local, adscrito a una larga evolución de ideas que como en todas partes ha durado varios siglos? La evolución del pensamiento religioso según el cual la herejía ariana desemboca en el islam ha sido reconocida desde hace años por la gran mayoría de los historiadores de las religiones. La existencia en Francia y en España de la herejía ariana, con sus colaterales unitarias, el gnosticismo y el priscilianismo, está demostrado con documentos escasos, pero inapelables.

Por otra parte, poseemos una serie de documentos que pertenecen a la mitad del siglo IX; hemos hecho de ellos gran uso en nuestros trabajos, ya que esclarecen este problema con nueva luz. Nos referimos a los libros escritos en latín por varios autores cordobeses, textos que son bastante numerosos para formar una pequeña biblioteca; por lo cual los unimos en grupo con una denominación propia: la escuela de Córdoba.

Su fundador, según lo que se nos alcanza, ha sido un teólogo, el abad Spera-in-Deo, que vivió en la primera parte del siglo nono. Sus escritos no están dirigidos contra el pensamiento islámico, como lo han asegurado algunos apresuradamente, sino contra el arianismo; pues un cuerpo de doctrina unitaria que no está respaldado por la autoridad del Profeta no puede calificarse de mahometano.

Tres son los autores principales de la Escuela de Córdoba: San Eulogio, Alvaro Cordubensis y el abad Sansón. El primero estuvo en Navarra en los años 849 y 850, del cual viaje nos han llegado muchas noticias. El mismo San Eulogio nos las refiere en una de sus obras que reviste a veces un carácter autobiográfico: *Apologeticum Martyrum* y en una carta que mandó en 15 de noviembre de 851 a Wilesindo, obispo de Pamplona, en la que le agradecía las atenciones recibidas en su estancia en el País Vasco. Nos confirma estas noticias Alvaro de Córdoba en una biografía que escribió de su amigo.

Estos textos, todos ellos concordantes, nos han llegado en manuscritos contemporáneos de sus autores, es decir escritos en la mitad del siglo nono; con lo cual no cabe duda alguna acerca de su autenticidad.

Pertenecía la familia de San Eulogio a la minoría cristiana ortodoxa



que, sumergida en la masa heterodoxa, vivía en Córdoba que era entonces la capital de España. Debía de ser rica y pertenecer a la clase de los mercaderes. Ocurrió pues que en aquellos años dos hermanos de nuestro escritor se habían ido a las Galias para emprender allí operaciones mercantiles. Pero pasaban los meses y de ellos no se recibían noticias. Desesperada, la madre se entristecía de día en día y entonces en un rasgo de piedad filial se decidió San Eulogio a emprender un largo viaje para encontrar a los ausentes. Y se fue por los caminos acompañado de un diácono que se llamaba Teodomundo.

Mas al llegar a Cataluña nuestros dos viajeros no pudieron proseguir el viaje. El Conde de Barcelona, aliado del emir Abd-er-Rahman II, combatía contra las tropas del rey de Francia, Carlos el Calvo. Se dirigieron pues hacia Navarra para ver si había manera de franquear por allí el Pirineo. Así cuenta San Eulogio en su carta al obispo de Pamplona Wilesindo los detalles de sus intentos:

*«Como el camino estaba infectado de bandidos, en este mismo momento todo el reino de los Godos estaba trastornado por una mortífera incursión de Guillermo que confiaba en la ayuda de Abd-er-Rahman, para guerrear en contra de Carlos, rey de los Francos. De tal suerte que por un acto tiránico había convertido todas las carreteras en impracticables e inaccesibles. Me desvié yo también hacia las regiones de Pamplona, pensando salir inmediatamente. Mas a su vez, las mismas Galias cabelludas que separan Pamplona de los Seburicos con gran testarudez se habían sublevado para la ruina del mencionado Carlos, gracias a las facciones del Conde Sancho, hijo de Sancho, que se había levantado contra los derechos de este príncipe, bloqueando en entero el camino, con lo cual estaban amenazados los viajeros por un peligro terrible.»*

En estas condiciones no tuvo más remedio San Eulogio que quedarse en Navarra. Se hizo amigo de Wilesindo, obispo de Pamplona, que le recomendó a los abades de los monasterios benedictinos de la región, ya que pensaba nuestro escritor aprovechar de su ociosidad forzosa para estudiar en sus librerías. Un año poco más o menos duró su estancia en el País Vasco, al cabo del cual se dirigió a Zaragoza donde supo por unos viajeros recién llegados que sus hermanos estaban sanos y salvos en Maguncia. Volvió por consiguiente a Córdoba en donde al poco tiempo retornaron los ausentes ellos también al hogar.

Dos fueron los monasterios principales en que estuvo hospedado San Eulogio: Leyre, que para aquellas fechas era ya famoso, y San Zacharías. Mi difunto amigo, el arqueólogo francés Elie Lambert, ha identificado el monasterio de San Zacharías. Se trata del que posteriormente



se ha llamado San Pedro de Siresa y que se halla en el fondo del valle de Hecho. Del monasterio primitivo de Leyre subsiste la cripta que pertenece al siglo nono; pero del de San Zacharías no queda nada, sino unas piedras esculpidas con emblemas esquematizados que sirven de reemplazo en la iglesia románica del XII del mismo pueblo de Siresa.

Maravillado se quedó nuestro escritor al admirar en las librerías de estos monasterios las obras clásicas de los grandes autores latinos, de las cuales había oído hablar, pero no había podido leer. Como sin duda era rico — pues en aquellos tiempos un códice valía una fortuna —, se llevó a su vuelta a Andalucía una pequeña biblioteca. Por su amigo Alvaro sabemos su contenido.

*«Como existía en estos lugares una gran cantidad de libros, escribe Alvaro en la biografía de su amigo, trajo a la vuelta hacia el hogar aquellos que eran desconocidos para la gran mayoría o que no se podían encontrar: La ciudad de Dios de San Agustín, la Eneida de Virgilio, las composiciones métricas de Juvenal, los poemas satíricos de Flaccus, los opúsculos trabajados de Porfirio, las colecciones epigramáticas de Adhelelmus, las fábulas versificadas de Avieno y una brillante antología poética de himnos católicos, con un gran número de obras que tratan de materias doctrinales, escritas por los grandes espíritus de la tradición; todo ello destinado no solamente para su disfrute particular, sino también para el uso en común de los estudiantes en sus trabajos.»*

Este testimonio de Alvaro de Córdoba nos enseña dos cosas:

*Primero:* En la competición ideológica que dividía a los hispanos, los cristianos franceses después de haber dominado a los herejes de su Mediodía, habían creado ya para el siglo nono centros intelectuales en Navarra que irradiarían poco a poco por todo el norte de la península, en Castilla, en Asturias, en León y en Galicia; lo que se transparenta claramente en el siglo XI. Pero este renacimiento era el fruto de una labor emprendida sigilosamente dos siglos antes. Por su situación geográfica, empezaba ya el País Vasco por aquellas fechas remotas a desempeñar su papel de lazo de unión cultural entre Francia y España.

*Segundo:* El testimonio de Alvaro nos demuestra por otra parte que en la región de España más culta y desarrollada la civilización romana y el cristianismo no eran más que un recuerdo; se encontraban en franca situación de inferioridad, ya que la lista de los libros reseñados enseñaba la pobreza de su cultura.

Un estado de opinión, que *sensu lato* llamamos ariano, dominaba descaradamente. Así se explica la facilidad con que se implantaron en



la mayor parte de la península unas ideas, religiosas y culturales, que en oleadas sucesivas afianzaron la civilización arábiga.

Como San Eulogio estudiaba en la biblioteca del Monasterio de Leyre, por casualidad cayó entre sus manos un opúsculo anónimo el efecto cuya lectura en el ánimo de nuestro escritor no puede menos que sorprender a todo aquel que no conoce nuestros trabajos. Mas, dejémosle la palabra, pues describe su hallazgo en su *Apologeticum Martyrum*, escrito en 857.

*«Como me encontraba últimamente en la ciudad de Pamplona y que vivía en el Monasterio de Leyre, con el deseo de instruirme tomé contacto con todos los libros que estaban allí reunidos, leyendo aquellos que me eran desconocidos. De subito, de repente, descubri en una parte cualquiera de un librito anónimo esta pequeña historia de un profeta nefasto.»*

¿Saben ustedes de qué profeta leía San Eulogio los hechos? Pues era, ni más ni menos: Mahoma. El descubrimiento de la existencia de este profeta que había muerto hacía más de doscientos años, y que desconocía —porque de otra manera no hubiera hablado de ello como si se tratara de un hallazgo extraordinario—, le causó tanta impresión que se apresuró a copiar el texto y a remitirlo desde Navarra a sus amigos de Andalucía. La noticia hizo allí sensación. Esto se desprende porque el escritor y amigo de San Eulogio, Juan Hispalensis, al recibir el mensaje de San Eulogio se apresuró a mandar un extracto de esta biografía con una carta a Alvaro de Córdoba; carta y texto que se conservan. De tal suerte que del hallazgo de San Eulogio nos quedan tres testimonios: la referencia autobiográfica hecha por el Santo, la carta y el texto de Juan de Sevilla y los comentarios que a los mismos ha hecho Alvaro de Córdoba en una de sus obras, titulada: *Indiculus luminosus*.

De todo ello se desprende que en la mitad del siglo nono, tres escritores cristianos que vivían en Sevilla y en Córdoba, no habían oído hablar de Mahoma ni de la existencia de sus discípulos, ni de la relación de su doctrina con la herejía ariana en contra de la cual afilaban diariamente sus plumas. Si se recuerda que en tierra musulmana desde sus minaretes cantan cinco veces al día los muezines las excelencias de Mahoma, enviado de Dios en la tierra, será menester reconocer que todavía en mitad del siglo nono carecía el islam de base firme en Adalucía, que, según la Historia clásica, había sido invadida y arabizada desde el principio del siglo octavo. Pues de haber existido manifestaciones externas del mahometismo, no hubieran pasado desapercibidas de los cristianos y los autores de la escuela de Córdoba no hubieran esperado el viaje de San Eulogio a Navarra para saber de la existencia de Mahoma.



Si el testimonio fuera circunscrito a una sola personalidad literaria y no existieran otros concordantes, se podría sospechar que el testigo, autor más o menos ilustre, vivía sencillamente en la higuera y en su chifladura no se enteraba de las cosas que sucedían en su derredor. Pero falla el argumento, no sólo por ser el testimonio indiscutible desde el momento que lo aseveran tres autores andaluces que vivían en ciudades diferentes, sino también por el hecho de que Alvaro de Córdoba se ha aprovechado del texto descubierto en Leyre por San Eulogio para escribir una obra cuya novedad consiste en ser el primer libro escrito en España en contra del islam.

Como por otra parte las noticias recogidas en Leyre por San Eulogio son en gran parte erróneas y escasísimas, ocurre que la obra de Alvaro padece de errores monumentales como el desconocer que Mahoma escribió el Corán o ignorar la cronología de la era mahometana. Datos que demuestran que en la capital de los emires el proceso de arabización de las masas estaba en una fase de iniciación.

Esta situación en Andalucía concuerda con lo que nos enseña el historiador francés del Magreb, Georges Marçais, lecciones que se desprenden de sus trabajos. Hasta finales del siglo nono Tunisia y el norte de Africa no estuvieron arabizados.

No nos podemos extender más. Los datos que hemos recogido y que confirman nuestras tesis son numerosísimos y muchas veces inéditos. Ahora bien, las deducciones que se pueden hacer de las noticias que nos da San Eulogio de su viaje en Navarra son concluyentes. Si parte del País Vasco y el valle del Ebro hubieran padecido la dominación de un pueblo exótico, mahometano y árabe, desde el principio del siglo octavo, —sin lo cual no tienen sentido la invasión de Francia y la Batalla de Poitiers— San Eulogio nos hubiera manifestado datos concordantes con este hecho. Su asombro al descubrir la existencia del profeta Mahoma nos demuestra al contrario la distancia que separa la realidad de la leyenda. Por otra parte, hemos demostrado en nuestros estudios que el texto leído por San Eulogio en Leyre es obra de un monje que vivía en las regiones que llamamos «*el dominio pirenaico*», pero cuya información sobre Mahoma ha recogido en autores probablemente bizantinos. Pues bien, este autor anónimo nos relata los hechos de la vida de Mahoma con la frialdad de un periodista que redacta la relación de acontecimientos ocurridos en tierras lejanas. Si los árabes hubieran vivido en Tudela ¿hubieran gozado de tanta tranquilidad los moradores de Leyre? Si los guerreros del Hedjaz hubieran franqueado un siglo antes los Pirineos para ir a Poitiers o hubieran roto en Roncesvalles las tropas de Carlomagno, algún reflejo de estas acciones guerreras hubieran apa-



recido en el texto del anónimo, en la pluma de San Eulogio y de los autores andaluces.

Se puede pues concluir que en la Alta Edad Media no ha existido en el País Vasco dominio alguno de una cualquiera autoridad árabe. Los recuerdos que se mantienen en ciertas costumbres y en algunas manifestaciones folklóricas no son más que reminiscencias de leyendas posteriores.

Ahora bien, si no han existido en la Alta Edad Media ni árabes, ni mahometanos, no cabe duda de que se han mantenido sectas heréticas que estaban emparentadas con las doctrinas unitarias. Las que florecían en el valle del Ebro, como estaban directamente influidas por el movimiento general de las ideas que imperaban en la península, evolucionaron a partir de fines del nono y en el transcurso del décimo hacia el islam. Así se ha desarrollado una importante cultura mahometana más o menos emparentada con el califato que alcanza su mayor esplendor en Zaragoza y en Tudela, de la que han quedado obras maestras en los dominios del arte.

Pero han existido también otras sectas unitarias que no evolucionaron hacia el islam y que en razón de su aislamiento en ciertos valles pirenaicos, mantuvieron a lo largo de los siglos una extraña cohesión. Como islotes independientes sobrevivieron en un ambiente que les era hostil, porque hasta el undécimo era mahometano, y más tarde porque era cristiano. Sabemos de la existencia de sectas gnósticas en el Pirineo francés por lo menos hasta el siglo XIII. Con el tiempo estos núcleos independientes desaparecieron absorbidos por la presión constante de la sociedad que les rodeaba. Pero no desaparecieron sin dejar rastro. A lo largo de los siglos hasta nuestros días se han conservado ciertos rasgos característicos que eran manifestaciones externas de unos hechos que habían sido absorbidos por el inconsciente colectivo del pueblo. Por ejemplo, la situación social de los agotes en el Baztán acaso no tenga otro origen.

Mas este panorama que acabamos de esbozar, puede acaso impedir a los eruditos el desviarse por pistas falsas. Acaso, con esta nueva luz que aportamos, podrán más fácilmente los folkloristas, los etnógrafos, los historiadores locales explicar más racionalmente ciertas costumbres, algunos tabúes, muchos actos sociales que por su extrañeza y originalidad han llamado siempre la atención de los estudiosos de nuestro solar.